

bía que vencer el mar, primer obstáculo imponente e imprevisible. Resulta extraordinario que el mayor sufridor de naufragios, el protagonista cumbre de esta clase de catástrofes, Cabeza de Vaca, no pereciera precisamente en uno de ellos.

A Pedro de Alvarado, protagonista de la «noche triste», conquistador de Guatemala, discolo y ubicuo entre los dos focos principales de la odisea, México y Perú, le cayó encima un caballo despeñado y lo mató. Antes de morir le preguntaron qué le dolía: «El alma», dijo. De las más importantes penetraciones en lo que hoy es territorio de EE.UU se considera la de Hernando de Soto. Descubrió el Mississippi y contrajo una fiebre que lo mató en Arkansas, no sin antes perder 250 hombres y 150 caballos. Para los indígenas era el «hijo del sol» y, por tanto, inmortal. Su tropa no quiso que los pieles rojas perdieran esa convicción disuasora, exhumó el cadáver y lo llevó de noche en secreto al «padre de las aguas», en cuya corriente profunda fue sepultado el hidalgo extremeño, pábulo de leyendas.

Asimismo de malaria, paludismo, escorbuto o sífilis se extinguió en el fluido mefítico de su gesta el más esforzado explorador del Amazonas, Francisco de Orellana. De regresó a España de su grande y fracasada empresa, concluyó en el mar la vida del autor de la primera fundación de Buenos Aires, Pedro de Mendoza. Su capitán Ayolas, lanzado a explorar el Paraná, muere a manos de indios, y también Salazar de Espinosa, lanzado tras Ayolas. Le dio tiempo a fundar un fuerte. Hoy es Asunción, encomendada capital del Paraguay y primitivo centro de irradiación para el estuario del Plata. Adelantado en la exploración de la ruta Alto Perú-Paraguay y fundador del primer enclave de la boliviana Santa Cruz de la Sierra, Nufrio de Chaves llegó en son de paz a un poblado donde estaban reunidos ciertos caciques. Lo acogieron bien. Cuando Chaves se quitó la celada y se dispuso a reposar en hamaca, un cacique le dio tal golpe con la macana que le echó fuera los sesos y lo dejó cadáver. Siguiendo la misma tónica, aunque ya en la última fase del siglo XVI, Juan de Garay, autor de la segunda —y válida— fundación de Buenos Aires (y de Santa Fe), será atacado y muerto por los guaraníes mientras en altruista expedición de socorro a compatriotas duerme a orillas del río Paraná. Otro tanto le ocurrió a García de Loyola, el que prendió al inca Tupac Amaru.

Cristóbal de Olid, poblador de Honduras, traicionó la confianza de Cortés, se erigió en jefe de las regiones a las que fue enviado e hizo prisioneros a sus perseguidores, pero éstos en una cena lo agarraron por las barbas y lo acuchillaron, si bien moriría degollado en ajusticiamiento público. Conquistador de Nicaragua, fundador de Granada y León, Francisco Hernández de Córdoba (no confundir con el descubridor del Yucatán), corrió una suerte ya familiar: cabeza cortada por orden de Pedrarias, el sin duda feroz gobernador de Panamá. Sebastián de Belalcázar, por conflictos territoriales y de gobernación, ejecutó a Jorge Robledo, fundador de Antioquía. Su acción le costó condena a muerte, con derecho de apelación. Camino de España, murió en Cartagena de Indias. Robledo y otros culpables fueron inhumados en una casa a la

que se prendió fuego y roció de sal, pero de todas formas la indiada los desenterró y comió.

No es del todo necesario multiplicar los ejemplos. Evidentes son el maleficio, la codicia, el esforzamiento épico, la sistemática violencia y la muerte dilapidada, todo en versión libre no maniqueísta. La mayoría gastó su hacienda en la organización de la empresa. Puestos a gastar en demanda de riqueza y desmesuras, gastaron también salud, fe y la vida. El que volvió rico —lo hubo—, o se quedó medio neurasténico en la metrópoli o nuevamente emprendió el camino de Indias atrapado en un hechizo de rango superior al de los bienes materiales, aunque a veces la crueldad y el delirio parecen retrotraernos a la paranoia del tiempo moderno, que es el peor, como se dio en Lope de Aguirre, llamado el *Azote de Dios*. Él se llamaba a sí mismo más dulcemente el *Peregrino*.

Aguirre, en principio domador de potros, formó parte de la bien nutrida expedición que al mando de Pedro de Ursúa se fue a la exploración del Marañón/Amazonas y descubrimiento de El Dorado. El amotinamiento de la tropa, entre la asfixia del calor, el hambre, las almadías podridas, la matanza de indios, la desorientación fluvial acechada por caimanes y mosquitos, segrega otra cadena de crímenes. El mejor expositor es el propio maese de campo Aguirre en la tan espantosa como sincera carta a Felipe II: «...y yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia, y al teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a un su capellán, clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante y a dos alféreces, y a otros cinco o seis aliados suyos; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos»<sup>3</sup>. También mató apuñalándola a su hija, Elvira, para evitarle humillaciones, y él mismo, qué menos, fue muerto por arcabuz y descuartizado a manos de la fuerza de castigo mandada por Diego García de Paredes, hijo, el cual tampoco dejó de perecer en una emboscada cuando iba a tomar posesión de su nuevo cargo de capitán general de Popayán.

### III

Podemos cubrir esta tortuosa tumba, tan esquemáticamente como se ha venido diciendo, con la losa infernal del Perú, descrita ahora por López de Gómara, que dice en un alarde de sobriedad: «De cuantos españoles han gobernado el Perú no ha escapado ninguno, excepto Lagasca, de ser por ello muerto o preso, lo cual no se debe echar en olvido»<sup>4</sup>.

Francisco Pizarro, conquistador del Perú y fundador de Lima, y sus hermanos, degollaron a su antiguo compañero de hazañas Diego de Almagro, y el hijo de Almagro, homónimo, hizo matar a Pizarro, que ya de 70 años y marqués murió peleando espada en mano; el licenciado Vaca de Castro, enviado al Perú de gobernador para corregir rencillas, liquidó al hijo de Almagro; Núñez de Vela, primer virrey del Perú, partida-

<sup>3</sup> Incluida en la crónica del soldado y cronista Francisco Vázquez, BAE, tomo XV.

<sup>4</sup> López de Gómara: Historia general de las Indias.

rió de recortar privilegios a los conquistadores, metió preso a Vaca de Castro, pero Gonzalo Pizarro, en rebelión contra la corona, le cortó la cabeza a Núñez de Vela, y Lagasca, un clérigo, presidente de la Audiencia y futuro obispo de Palencia, puso a Pizarro en el patíbulo, también a Carvajal el *Demonio de los Andes*, los dos ahorcados y descuartizados. Cuando se le leyó la sentencia a Carvajal dijo: «Basta, matar». Otro Carvajal, Juan, asesinó y suplantó a Felipe de Hutten, gobernador de Venezuela. Pagó con la horca y antes fue arrastrado por un caballo. Valdivia, conquistador de Chile y fundador de Santiago, preso de los bravos araucanos, murió torturado. «Hallaréis que han muerto más de 150 capitanes y hombres con cargo de justicia, unos a manos de indios, otros peleando entre sí, y la mayoría ahorcados» (Gómara). Puede servir de buen epitafio.

No se trata de estadística y valga el material acopiado, que es un pálido muestreo. A las virtudes y defectos usuales del conquistador —espíritu de empresa, valor, codicia, fe, tenacidad, improvisación frecuente de aptitudes más guerreras que militaristas—, si quisiéramos atrapar un siempre fugitivo arquetipo<sup>5</sup>, habría que añadir el catalizador de la muerte airada, que fija una dimensión del fracaso propicia a la génesis sacrificial del mito heroico por vía de la voluntad que no deserta y reordena el caos circunstancial y caracteriológico. En cualquier caso, puede inducir a una catarsis y al cumplimiento de la ley cuya pertinacia la consagra. Quizás así obren razones para enfrentar la conmemoración del descubrimiento, entre otros modos y además de la expositiva convergencia técnica, industrial y cultural de los países, con el matiz que recuerde la abstracta o idealizante dignidad del canto romancesco, le otorgue un nuevo clasicismo nada triunfalista, por cierto (recuérdese la frustración de todo fenómeno de perfección), y permita dicotomizar breves segundos las crudas realidades actuales del subdesarrollo y los trastornos políticos, igual aproximadamente a como pensamos y actuamos cuando la irreversibilidad del tiempo y los ulteriormente consagrados determinismos de la historia liberan su aroma de áspera leyenda y se inscriben en el lado oscuro de la condición humana. Por lo demás, según apuntó Nietzsche, nada fatiga tanto como el aspecto de un perpetuo vencedor. En el caso de los conquistadores españoles y con independencia de todas las grandezas y crueldades que se les quieran atribuir, no cabe duda de que en el pecado llevaron la penitencia, un pecado que incluía las armas de fuego, el caballo, el perro de presa, la instrumentación técnica más avanzada, pero también corazones para aullar de miedo, de hambre y de frío y reventar dignamente.

<sup>5</sup> Carlos Pereyra, entre otros, hizo una compilación, interesante por su pluralidad libre de prejuicios, en *Las huellas de los conquistadores*, Madrid, 1929 (Porrúa, México, 1986), y Francisco Morales Padrón: *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Ed. Nacional, Madrid, 1981.

**Eduardo Tijeras**